



Movimiento Apostólico de Schoenstatt
Rama de familias
AÑO 2



Schoenstatt, caminamos como grupo a la Alianza de Amor

Tema 1

Experiencias de Alianza

La Alianza en la Historia de la Salvación.

Objetivos:

- Profundizar en el significado de la Alianza de Amor, a partir de las diferentes experiencias de Alianzas.
- Conocer y comprender que “Alianza” designa la relación fundamental de Dios con los hombres y que culmina en la Persona y Obra de Jesucristo.

Desarrollo de la reunión

Oración Inicial:

Canto inicial:

Querido Señor, hoy hemos llegado hasta Ti, aquí, en el Santuario de tu Madre. Estamos aquí porque Ella nos ha llamado. Ella nos ha salido al encuentro en nuestro camino diario. Nos ha llamado para ayudarnos a descubrir como Tú eres el Dios presente en nuestra vida, que no estás lejos.

Eres el Dios al que podemos descubrir presente y actuando en nuestra vida. Tú nos llamas por nuestro nombre, conoces nuestros caminos y estás a nuestro lado para conducirnos misteriosamente hacia la plenitud del amor. Escuchamos un relato del encuentro de Moisés contigo, hace ya mucho tiempo:

“Moisés era pastor, un día que llevo a las ovejas más allá del desierto, vio entonces una llama de fuego en medio de una zarza. Vio que la zarza ardía pero no se consumía. Dijo Moisés: voy a acercarme a ver por qué no se consume la zarza.

Cuando vio Dios que Moisés se acercaba para mirar, lo llamó desde en medio de la zarza: Moisés, Moisés. El respondió: “Heme aquí”.

(Cfr. Ex.3,1-19)

Madre, esta misma realidad es la que tú viviste en el momento de la Anunciación y te abres al diálogo con Dios... Madre, ayúdame a reconocer a Dios en los caminos de mi vida diaria donde me espera en los sucesos ordinarios y en los extraordinarios.

Madre, me cuesta tanto reconocer a Dios a mi lado, en tantas cosas, que no comprendo y, sin darme cuenta, lo separo de las cosas alegres y difíciles de mi vida diaria. En un momento de silencio quisiera escucharle ahora llamarme por mi nombre hoy, en esta reunión en que hablaremos de Alianza:.....

¿Qué tengo hoy para agradecerte?

¿En que momento de mi día, de mi semana, puedo reconocerte en mi camino diario ?

Breve silencio:

Madre, en el encuentro con Dios descubrimos también nuestra misión.

Con sencilla alegría nos queremos ofrecer a Ti esta tarde al iniciar esta reunión y rezamos juntos:

*¡Oh Señora mía, oh Madre mía,
Yo me ofrezco todo a Ti,
y en prueba de mi filial afecto,
te consagro en este día,
mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón.
En una palabra todo mi ser.
Ya que soy todo tuyo,
oh Madre de bondad,
guárdame, defiéndeme y utilízame
como instrumento y posesión tuyo. Amén*

Revisamos el propósito de la reunión anterior: ¿Qué tal los ha ido? ¿Para qué nos ha servido? ¿Nos hemos acordado?

Motivación:

Antes de comenzar a conocer y entrar más en profundidad en el tema de este año, la Alianza de Amor y su significado, miremos más en general el término “Alianza”.

Dinámica:

Hacer tarjetas con distintos tipos de Alianza. Económicas, políticas, deportivas (buscar en wikipedia) y hacer el juego del diccionario, poniendo atrás la verdadera definición. El presentador puede inventar otra explicación o leer la verdadera. El resto del grupo va escogiendo elementos que les parece que configuran una relación de alianza.

Contenido conclusión de la dinámica:

Si miramos a nuestro alrededor podemos apreciar distintos tipos de alianzas de amor:

Por ejemplo la amistad nace de un compromiso absolutamente libre. Con nuestros amigos podemos contar siempre en las más diversas situaciones, tanto de alegría como de tristezas. Es en las situaciones difíciles o de pruebas donde se pone a prueba la amistad y cuando se reconocen a los verdaderos amigos, porque ellos nos acompañarán, compartirán nuestro dolor y estarán a nuestro lado en las buenas y en las malas.

La amistad es dejar que el otro exista tal como es y quererlo en lo que es, sin voluntad de manipularlo o cambiarlo. Sin embargo eso no significa que no veamos cosas que están mal y que con respeto podamos hacerle ver, para que cambie, para que pueda crecer y ser mejor persona. Al igual que una planta, la amistad necesita tierra fértil y abonos: como lo son el diálogo constante, la demostración con hechos concretos de esa amistad y la gratuidad. En la amistad no hay “cuentas por cobrar”.

El Matrimonio es también una Alianza de Amor. Es un acto absolutamente libre que se caracteriza por la total entrega, en cuerpo y alma, donde existe un solo corazón, una sola alma, un mismo anhelo, un mismo dolor, una misma alegría, y un mismo fruto que son los hijos.

Al desposarnos, se produce un enriquecimiento y complementación mutua, donde existe una comunión de amor que se mantiene y se prueba en la delidad, es decir la exclusividad es para siempre.

También la relación paterno/materno- filial se puede definir como una alianza, no tanto por la relación biológica, sino porque los padres asumen libremente y por amor ese vínculo con el hijo. Además asumen por amor la responsabilidad por él. A su vez el hijo asume la dependencia filial ante sus padres.

Aunque lo veremos próximamente con mayor profundidad, también podemos ver en la Biblia cómo Dios se relaciona desde el principio estableciendo Alianza con los hombres, lo hace por ese amor infinito de

Padre que nos tiene, hasta que finalmente establece una Alianza definitiva y plena de Amor a través de Cristo, su Hijo.

Schoenstatt también nace de una Alianza de Amor hace mas de 100 años, insertándose en este torrente “eterno” podemos decir, ya que toda vida nace de la Fuente misma que es Dios.

Contenido:

1.- La Alianza en general, en el Antiguo Testamento

La alianza que vivimos en el plano de los vínculos naturales nos ayuda a encaminarnos a vivir una profunda Alianza con el Señor y la Santísima Trinidad.

Partamos de lo que nos dice la revelación a través de la Palabra de Dios, es decir, de la Biblia.

La palabra “alianza” expresa la trama fundamental que atraviesa toda la historia de salvación. ¿Cómo se podría tipificar esos rasgos, pedagógicamente, para poder tenerlos siempre a la vista, para poder manejarlos?

Se podrían condensar en tres: primero, la alianza de Dios con los hombres, aparece como una gratuita iniciativa de Dios; segundo, aparece siempre como un compromiso mutuo; y tercero, lleva siempre el sello de una irrevocable fidelidad. Vamos a ver qué significa cada uno de estos puntos.

En primer lugar, la Alianza de Amor, en la historia de la salvación, aparece siempre como una gratuita iniciativa de Dios. Es decir, Dios siempre irrumpe primero, y al decir que irrumpe él primero, lo decimos en un sentido de prioridad cronológica. Él toma la iniciativa, él es el que entabla el diálogo. Y, también, lo decimos en un sentido de prioridad ontológica Dios toma la iniciativa sin fijarse en ningún mérito previo. Dios toma la iniciativa porque sí, gratuitamente; tal vez el único criterio que adopta para escoger es la pobreza de quien él llama; tal vez éste sea el único mérito, la única condición que él exige y necesita para poder llamar, para poder irrumpir, para poder tomar la iniciativa: que el otro sea pobre, que el otro se reconozca pobre y esté contento de ser pobre, de modo que su pobreza lo lleve a abrirse a Él.

Si analizamos, por ejemplo, la alianza de Dios con Abraham, es Dios quien irrumpe bruscamente, gratuitamente, en la vida de una persona que no tiene nada especial que exhibir, ningún título peculiar; es un jeque nómada del desierto, que estaría apegado a sus tierras, a sus ídolos, a sus dioses propios. Dios irrumpe bruscamente, gratuitamente, en la vida de Moisés, en la vida del pueblo de Israel, y para que nunca les quede una duda sobre esto, le dice: "Israel: no te llenes la boca pensando que yo te he llamado por tus muchas gentes o por tus hazañas militares. Yo te he escogido precisamente porque no tienes grandes ejércitos y porque eres el menos numeroso entre los pueblos de la tierra, para que te quede bien claro que te he llamado simplemente porque te quiero" (ver Deuteronomio - Dt 7,7-8).

Esto se debe tomar en cuenta cuando se analiza el segundo rasgo de la alianza que es el compromiso mutuo. Es cierto que Dios exige cuando hace alianza, y exige bastante. Pensando en la historia de Abraham, de Moisés, del pueblo de Israel y de María - que son el prototipo de la Alianza de Amor de Dios con los hombres - lo que Dios exige, en primer lugar, es la obediencia, la entrega personal propia de la fe. Una fe que es obediente, una fe y confianza que es capaz de hacer que el hombre se deje llevar dondequiera que Dios se digne llevarlo; una obediencia que es capaz de dejar la propia tierra, los propios dioses, los propios ídolos, la propia familia, como es el caso de Abraham, de Moisés, o como es el caso de María que tiene que dejar sus propios designios, su manera en que pensaba encarar la vida. Es un dejar todo para obedecer y entregarse a Dios; abrirse a su voluntad con una actitud de siervo, de esclavo, una actitud de servidor humilde y filial, como lo dirá más tarde María.

Como contrapartida, Dios da, al que él llama a la alianza, a los que él exige esta obediencia de la fe y este holocausto de amor con alma de pobre, desde luego, su compañía. Pensemos en Abraham, en Moisés, en Israel, en María... Dios les da, decíamos, su compañía, la promesa de su perpetua asistencia, de su el compañía. "Yo estaré contigo", "Yo soy el Shadai", "Yo soy la omnipotencia el", "Yo estaré siempre contigo", le dice a Abraham. Se lo dice a Moisés también. "Yo soy el que soy y estaré siempre contigo, no te dejaré nunca". Y se lo dice a María, a través de su ángel: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo".

Siempre promete su cercanía, su presencia afectuosa y vigilante. Pero promete, también, algo que, en la perspectiva oriental, tiene tal vez más importancia, una fecundidad pasmosa. Dios mismo compara la fecundidad que promete a Abraham con las arenas del mar y con las estrellas del cielo. Una fecundidad pasmosa, absolutamente desproporcionada, inalcanzable por la fuerza humana. Se lo promete también a Moisés: la fecundidad de poder sacar a su pueblo de la esclavitud de Egipto, de poder llevarlo por un desierto y poder entregarle la tierra que mana leche y miel. Y se lo promete, sobre todo, a María: “Lo que de ti nacerá, será llamado Hijo del Altísimo” (Lc 1,32). Una fecundidad que incluso no depende de la carne ni de la sangre, sino que directamente del Espíritu de Dios. Una fecundidad absolutamente desproporcionada a lo que las fuerzas humanas pueden alcanzar.

La alianza lleva un tercer sello, que la hace distinta de cualquier otra alianza humana: es el sello de la fidelidad. Los dones de Dios -lo recordará después San Pablo, pensando en el misterio de la traición o de la infidelidad judía - son irrevocables (ver Rom c.9 al 11). La infidelidad del hombre no consigue que Dios le retire sus dones. Cuando Dios llama a uno, lo llama para siempre. Y siempre ese don permanece abierto, permanece a disposición de la persona. Es cuestión de ella misma si accede o no a ese don, si se abre o no a la iniciativa de la gracia. Pero, de suyo, la alianza permanece siempre abierta.

Dios no retira su fidelidad. Dios no se deja impresionar ni se desengaña por la traición del hombre. Pero, como contrapartida, Dios invita a una fidelidad igual, invita al hombre al ejercicio más noble del amor, lo invita a eso que el P. Kantenich siempre llamaba la conservación pura, lozana y probada del primer amor; es decir, a entregarse de una vez, pero, para siempre, sin vuelta, irrevocablemente en eso que es lo más noble, lo más precioso que el corazón humano puede dar: amar de una vez y para siempre. En ese sentido, dirá el Señor en el Apocalipsis: “Sé el hasta la muerte y yo te daré la corona de vida” (Ap. 20,10).

2.- Cristo es la Nueva y Eterna Alianza

En Él todas las expectativas de los profetas, de Israel y de todo el género humano se cumplen. En Cristo Jesús, Dios mismo viene a establecer su alianza con nosotros, de una manera única y jamás imaginada. Toma nuestra carne, nuestra naturaleza humana por toda la

eternidad, haciéndola suya y con ello incorporándonos en Él con todo lo que somos.

Él es el Sumo y Eterno Sacerdote, el Puente definitivo que unió para siempre a Dios con el hombre, estableciendo una Alianza Eterna a través de la sangre derramada en la Cruz. Su Resurrección es el triunfo definitivo, la certeza de ese Dios cercano, que derribó en sí mismo todo lo que nos separaba de Él y entre nosotros.

3.- La Iglesia vive en, desde y por la Alianza

A través del Bautismo nosotros somos incorporados en esta nueva Alianza e invitados a transformarnos cada vez más en hijos aliados de Dios, para construir su Reino en la tierra. A través de los sacramentos vamos incrementando esta vida divina regalada por Dios y merecida por su Hijo en la Cruz, para ser LUZ en Jesucristo para todas las naciones.

Los padres conciliares lo definieron así:

“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia.” (Concilio Vaticano II; Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual (LG 1,1)

La Iglesia es portadora del misterio de Cristo en la historia de la humanidad y por eso ha de ser siempre un vínculo que una a Dios con los hombres y a los hombres entre sí. Es, en la fuerza del Amor, una viva realidad de Alianza. Los Padres conciliares lo dicen así:

“La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento, de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1,1)

Contribuciones al Capital de Gracias:

Elijamos como grupo un propósito que nos ayude a vivir lo que vimos hoy en la reunión.



Bibliografía:

P. Rafael Fernández, “La Alianza de Amor con María”, Capítulo I y 7.

CIC (Nr.50 – 73)

Sagrada Escritura: Génesis 6-9; Gén. 12-22 y Éxodo 3, 1-19